

Ya estare un venno all arriba, en el infierno. ¡Ay! había allí problemas laborales tremendos. Porque allí a los catedráticos los sientan aquí, y allí se pone un diablo y por una eremidad le repiten todas las lecciones que se explicada espel, así que no hay diablo que aguante!

OLIMPIA RUBIO HERNÁNDEZ

VERBENA

A don Antonio Hernández
fundador de «Cristal»

—Ya me tienes Eulogio, con la desazón de siempre.

Le había confesado Luisa que ni había probado bocado, desde que la DKW alborotara el vecindario con su aire de verbana, y ni en la cama paraba quieta. Y el Eulogio, por mucho que calculó la respuesta precisa, pues más que antiguo era el padecimiento de su mujer con la verbena, no halló mejores palabras:

—Ya me gustaría, ya, tener yo la solución; pero has de ser tú la que tires del cabo. —Y sí que le había complacido algo de su consejo, que para él milagrosas eran las manos de Luisa que rescataban el hilo de aquellos barullos de lana, sin romperla.

Desde que cumplió los quince, que era lo que se les pedía a las mozas para entrar en el Salón, y hasta los veinte, que se puso a hablar con el Eulogio, porque casi había conseguido olvidar al señorito Augusto en los dos veranos que estuvo sin verlo, acudió con puntualidad y sin fatiga a la cita. Ya podía haberse repetido «Este año no voy»; al final, un demonio la tiraba de los pies. Hasta los milagros, decía su madre, hay que ir a buscarlos, que a casa sola llega la muerte. Prefería escuchar la cantinela del Benito a conformarse, como las otras, con bailar resignadamente en aquel salón de suelo de pizarra y a la luz macilenta de sus cuatro bombillas.

El Benito, bajo su gorra de plato, la decía que él cumplía órdenes que venían de arriba y bien le costaban, como para que ella se las hiciera padecer «humillándote ante el personal, tú que eres la reina, Luisa».

Y bien podía decirse que, para ella, el verano empezaba con ese día; para entonces guardaba sin estrenar el único vestido que le apañaba su madre

y, aunque llegaría el día en que fuera verdad ese vestido de gasa largo que se lo hubiera de agarrar para bailar el vals, se conformaba con que no le faltaran a sus vestidos ni vuelo ni lentejuelas. Y que no se arrugasen, no la invitara el señorito a bailar. «¿Bailas conmigo, Luisa?», y se encontrara de pie y con la falda ajada como un clavel marchito.

A las cinco, ya estaba en la espera y a las seis empezaba el Benito a despachar entradas, en unas ponía caballeros y en otras, señoritas, las unas naranjas, las otras azules, y con un papel como para echarse a volar de fino. Para ella que, cuando a las mozas les vendieran también esas entradas, serían ellas como las señoritas, pero más le hubiera agradado damas y caballero.

El Benito, que ni los ojos levantaba por no verla, aun cuando hubiese guardado cola la primera y sola muchas veces, para consolarla, «Tú no ves la carita que se te pone, Luisa», le prometía que, al final, haría la vista gorda y la dejaría colarse, y ella volvía a guardarse su billetecito arrugado en el monedero de plástico.

Algunos se le reían en la cara, pero los más ni cuenta llevaban de que estuviera allí como un pasmarote. El señorito Augusto, que era de los de Villa Ascensión, le repetía siempre que, cuando ganara las oposiciones que iba a ganar, le compraría la pista y todas las entradas al Benito, para bailar los dos hasta cansar a la orquesta. «Los dos solos en toda la pista, Luisa», y que lo esperara. Y el meticón del Benito, que no le creyera ni media palabra.

Así que vivía la verbena desde su banco que era como un palco adonde llegaba la música con el aroma cálido de la magnolia. Veía la pista a lo largo y ancho, y las señoritas, cuyos hombros desnudos se destacaban con el chal, bajo las bombillas que se encendían y se apagaban, a guiños, como los luceros, hadas le parecían. De mayor su chal sería negro y se pintaría el pelo, dijera su madre lo que dijera, platino. Para su madre sólo las señoritas y las artistas podían teñirse y dejarse crecer las uñas como milanos.

El señorito Augusto, asomado desde la ventana de la hiedra, siempre fumando y con la copa en la mano, recorría con la vista mesa por mesa y se acercaba después a por la más linda. Nadie le dijo que no, ni las del marqués, como que andaban locas por él mozas y señoritas. A las del pueblo se las subía en la vespa y las llevaba, carretera abajo, hasta el pueblo vecino que tenía discoteca, porque no estaba bien que una moza saliera con los señores, que sólo van a sacar provecho de una.

Ella, siempre que la había invitado, le había dicho que no, que cuando la llevara de su brazo a la verbena, aunque la siguiera un trecho para decirle que andaba como una modelo o que si nadie le había dicho que podía quemar con las brasas de sus ojos negros. Pero, así que lo veía arrancar, se

arrepentía siempre de haber dicho que no; el señorito tampoco esperaba mucho y ese era su mérito, que cuando le venía el valor para decirle «Ande usted y súbame a donde quiera y de donde no vuelva», ni se le veía ya.

Hoy, mientras ventilaba el traje del Eulogio, se acordó de aquellas manos y de su chaqueta de lino blanca. Con el traje de la boda habían de ir y ni un mal chal había encontrado. Su vestido era negro y, para alegrarlo, le remitió los hombros y le pronunció el escote en uve, y ajustó en él, para tapar la tentación del lunar, que decía Eulogio, una rosa de gasa que parecía natural. Y tras de mirarse y remirarse, buscó la aprobación del Eulogio.

—Vamos al dormitorio, que te diga cómo estás.

—¡Asco de hombres!

Aprovechó la ausencia del Eulogio, quien, empezando con el día, le había adelantado que con él no contara para el almuerzo, para darse un baño en el patio con unas hojas de té que le dieron el color de la avena, y, como de rubia poco tenía, dos sobres de tinte abrigaron su melena con destellos del cobre. Hasta tuvo el atrevimiento de pintarse las uñas de los pies como las manos, rosa palo, y el capricho de contemplarse desnuda en el espejo, cuando ni al Eulogio le dejaba que la viera así. Se le conservaba el pecho alto y prieto que le cabía en la mano, intacto el vientre y el talle ágil de no haber parido. Se puso de perfil, y conteniendo la respiración, logró luego hinchar su vientre y lo recorrió con la mano: cuando tuviera dentro una criatura, se le quitarían las novelorías.

Hasta las diez estuvo esperando al Eulogio y hasta pensó en quedarse, como otro año más, en casafí pero las vecinas. «¿Y cómo no vas a ir, Luisa?», y los nervios tiraron de ella. Decidió acercarse en un paseo; no estaba para buscar, de tasca en tasca, a Eulogio, y ciega se recorrería el camino. Un chinchón y media vuelta, por no hacer ese feo. Poco faltaba para la luna llena y acrecentaba la corta luz de las farolas, y una chaqueta blanca, entrevista a lo lejos, le dio un susto de muerte, dónde andaría el señorito y pobre de ella, si lo llega a esperar. Se habría olvidado del pueblo.

Mientras subía la escalinata, sintió que las piernas le temblaban y ni la voz la sentía suya. La de años de ir con el Eulogio a cualquier parte y la de años sin verbena, y ahí estaban ella y el Benito, como siempre, con su gorra de plato. Más viejos los dos estaban.

El Benito, que no regateó un gesto de sorpresa al verla, la regañó medio en broma, «Siempre haciéndomelas penar, Luisa», cuando le reclamó su entrada.

—¿No ves que no las hay? Hoy no se dan; es gratis —y después, do-

liéndose de sus palabras, añadió: Ha comprado la pista don Augusto, Luisa. Se nos casa y es la despedida de soltero.

Luisa, que se rehizo con la premura de quien se sabe muy cerca de desmayarse, si se deja estar, le pidió que, por favor, le diera su recado a don Augusto, que esos no eran modos de invitar a nadie y que todavía la memoria la tenía bien fresca, «En mi banco le dices que le estoy esperando, Benito», y bajó los escalones con la solemnidad de la desdicha.

* * *

Al Benito la gorra se le había comido el seso y se había olvidado del recado. Don Augusto vendría en su coche y cuando le dijera, «Sube, Luisa», enfilaban por y hasta donde él quisiera. Siempre había soñado con ese final; ella detrás con el vestido de gasa arremangado y ceñida a la cintura del señorito, como al galope, y atrás, cada vez más, el pueblo como una pesadilla oscura y delante un camino que nunca iría a acabarse. Tanto lo había soñado que creyó que podía suceder como las cosas que se sueñan y no se dicen.

Se estaba cansando de esperar. Tenía el acero del frío clavado en la espalda y miedo de los coches que se arrimaban, «¿y yo no te sirvo, guapa»? Le escocían los ojos de mirar por donde tenía que venir don Augusto y de tratar de encontrarlo por la pista. Y tardó en reconocerlo, como si, por negarlo sus ojos, su corazón no lo supiera, en aquel caballero de traje azul impecable que se abría paso en la pista, llevando de la mano a una chica rubia y espigada, casi una niña; por lo menos le doblaba la edad el señorito.

Luisa, del señorito, al bailar, sólo veía la espalda y una cabeza rubia reclinada en su hombro, hasta que la muchacha se separó y con mucho desparramo se acercó a la orquesta. Sonó un twist y tan bien lo bailaba la chica que parecía que con su cabeza fuera a tocar el suelo. Los dejaron solos en la pista, de un bofetón la hubiera sentado su Eulogio, el señorito Augusto, tan hombre y tan serio, intentando mover los pies; no sé que cosa le dio de verlo así. Hubiera preferido no verlo.

Claro que la verbena tampoco era la verbena. Ni siquiera por la mañana estaría la pista sembrada de colorines y de señoritas y caballeros. Cuántas veces había acudido, apenas despuntar el día, a recogerlas y, en la ventana, el rubio americano del señorito. El señorito se conservaba bien, nada más que con la espalda vencida de un hombre alto y que ha vivido mucho. Ella, en cambio, se paró, como los desdichados, en la juventud y luego, más que vivir de los recuerdos. Y para eso se había puesto caoba..., si para el Eulogio bueno estaba que fuera rubia o morena, o calva. Bien que se había reído

su demonio esa mañana. Su ángel debió echarse a volar nada más verla andar solita. El otro no. «Lo bueno, a escaparse, y lo malo, a espantarlo» y que eso era la vida, decía su madre.

Ni se asombró siquiera cuando vio el coche del Benito acercarse, «Este debe pensar que, de perdida...». Que venía en son de paz lo supo cuando lo vio bajarse con la cabeza descubierta y la invitó a subir, «Anda, mujer, que este vientecillo pega», entreteniéndose en jugar con la gorra hasta que lo empujó a hablar:

—Deja en paz la gorra, Benito.

—Cumplí con tu mandato, Luisa. Como venía en compañía y por no faltarte, no le dije nada de que estuvieras aquí. Ella, más que es moderna.

Luisa le agradeció de muy buena gana la invitación del Benito, quien, por arrancarle la sonrisa, se esforzaba en cómicas reverencias, mientras le abría la portezuela, «Acomódate estilo señora, que vas hoy con chófer, Luisa». Pero Luisa no le dejó cubrirse; a los dos les tocaba ir de señores «y para ir como ellos, las cosas en regla», y le arregló la corbata con un nudo de albaricoque, ancho, «que los del pueblo parece que os fuérais a colgar», y prendió de su ojal la flor de su escote. Para que nada faltara, el Benito conectó el altavoz, «suavecito como una melodía», y cada vez que se repetía el maldito estribillo de la verbena, invitando al baile del pueblo, Luisa lo tapaba con un susurro de aire, vuelo, aire, vuelo.

Se detuvieron cuando les llegó un olor apacible de tierra mojada que Luisa respiró con avidez y se bajó para dejarse empapar, como la tierra, por los goterones densos de las primeras aguas. Con la lluvia el crêpe había ganado la suavidad de la seda y así de liviano se sentía su cuerpo, «Nunca me vestiré de negro, Benito», y por fin pudo llorar. La voz rota del Benito, que se afanaba por enjugarle las lágrimas con su pañuelo de yerbas, la conmovió:

—Nadie se merece que tú llores, Luisa, aunque así estés más bonita, y, por si te sirve de algo —y ahí el Benito dio a sus palabras la firmeza resuelta de una proclama—, la respuesta a que este bicho feo no se casara, la tienes tú, mujer.

Y reparando Luisa en el arrobamiento con que la miraban sus embelesados ojos, se enterneció; no sería ella quien le quitara hoy un momento de felicidad a nadie. Y tomándole de su mano, lo guió con humilde maestría, de modo que aquellas manos antes frías y rígidas como el pedernal, apretadas entre las suyas y envueltas con su cálido aliento, se tornaron tibias y sus dedos, torpes y medrosos, se volvieron suaves y ligeros como si temieran romperla, mientras se deslizaban bajo su falda como latidos suaves. «Es el

